

BRANDO

en «El padrino», el actor ha brindado a la Paramount (que en principio se opuso a cederle el papel) una saludable inyección de entusiasmo.

Es arriesgado pelear desde dentro, pero Brando da muestras de saber hacerlo. De su marginalidad ha hecho todo un estilo, una manera de sacudirse la podredumbre, el mecanismo y la impresión de triturado que a otros muchos actores les abate.

El éxito no es todo para este actor natural, soberbio y malhumorado, que revolucionó (en los años cincuenta) el arte dramático norteamericano. El éxito le ha dado dinero, «pero no me ha dado la sensación de estar incorporado al gran experimento norteamericano llamado "democracia". Siempre de alguna forma me he sentido violado», le ha dicho a la prensa en más de una ocasión.

Por eso ha preferido Tahití a Beverly Hills. «Allí se dispone del coco en el árbol, del pez en el agua, y si se desea algo para comer hay que conseguirlo». Este tipo de actor no es el que desea un cine que es, desde hace muchos años, un negocio de Estado.

La sentencia de William Hays («La mercancía sigue al film; en todo lugar donde penetra el film americano vendemos más productos americanos») sigue vigente para la cinematografía norteamericana.

Dentro de este contexto, Marlon Brando sólo puede ser lo que es: un solitario hasta hoy indomable. Un solitario que aprieta el gatillo contra todo lo que se mueve en ese mundo que rechaza y al que reta; el mundo que puede ser suyo, pero sólo en la medida en que el actor se decida a claudicar.

Por otra parte, Brando no ha limitado sus críticas a la esfera política de Estados Unidos. Cuando anunció su propósito de iniciar una campaña mundial para combatir la matanza de indios en Brasil, la FUNAI (Fundación Nacional del Indio Brasileña) le hizo disparos de respuesta. El rebelde no se inmutó. A pesar del millón de dólares que la Cruz Roja Internacional ha concedido para auxiliar la asistencia sanitaria del indio brasileño, el actor ha insistido en que esa ayuda determina el fin del genocidio indígena. De difamar la imagen exterior del Brasil le ha acusado el régimen de Garrastazu Médica. Pero a Marlon Brando no parece importarle esa reacción.

Shana Alexander dijo en «Life» que este actor de cuarenta años tiene una actitud muy concreta hacia todas las cuestiones que se plantean, tanto importantes como triviales. La observación es de una agudeza definitiva. Brando suele ser severo en sus apreciaciones. Sobre todo consigo mismo. A veces parece que esa severidad de sus juicios fuera el centro neurálgico de su filosofía sobre el arte, sobre la existencia que todo lo con-

centra en el esfuerzo. «Uno tiene que disgustarse consigo mismo —le gusta decir—, de otra manera no puede actuar».

Sin embargo, reconocido como «el mejor actor nato de nuestra época», Brando se resiste terca-mente a los elogios. «He aprendido que rara vez una persona hace una declaración amorosa sin esperar una respuesta», le dijo a Shana.

Esa frase explica, de cierta manera, las penas de su derrotero (después del triunfo) convertido en un gigante atrapado en todas esas películas inferiores, como dijo Ella Kazan, posteriores a «Nido de ratas».

Su integridad no ha sufrido erosiones lamentables, pero el actor se ha sensibilizado ante el elogio (más que ante el vituperio), sorprendido entre manejos administrativos que no entendía y desconcertado de la crítica especializada que, en todos estos años, confundía el hecho de actuar con la necesidad de triunfar.

De sus tiempos de mercancía guarda ingratos recuerdos que siempre le inclinan a filosofar acromente. «El éxito es un simpático fenómeno norteamericano que tiene lugar si uno puede ser vendido como "El trigo desmenuzado Humphrey Bogart" o "Los relojes de pulsera Marlon Brando". Cuando uno no logra ser aceptado, la gente no le quiere contratar a uno y sus valores suben y bajan igual que sube y baja el mercado de valores».

Ahora sus valores han ascendido. Su actuación en «El padrino» le sitúa nuevamente en la primera línea. Su confrontación con la industria del cine no ha terminado aún, por supuesto, recién comienza después de la generosa alternativa que este film de la mafia le ha brindado.

«La mafia es... tan norteamericana», dice Brando. Y cualquier acercamiento que uno realice sobre esta frase le estará indicando que entre esos puntos sucesivos está su visión del gobierno y la sociedad norteamericana; de la estructura dentro de la cual está desarrollando su pelea.

Por ahora, Marlon Brando y su film están rindiendo jugosos dividendos a otros sectores. El tema fascina y miles de lectores se lanzan detrás de esta «literatura» mafiosa que ya ha conseguido varios «best-sellers».

«La honorable sociedad», de Jacques Kermaoal, se agotó en pocos días. «Onora tuo padre», de Guy Talese, ha vendido ya más de trescientos mil ejemplares y ha sido traducido al francés, al español, al japonés y al italiano.

Como una complicada conjura del destino verá Brando este regreso triunfal a la pantalla. Desde lejos, temerosa de sus reacciones, la maquinaria comercial le acecha. Está lista para dispararle, lista a saltar sobre el rebelde que la desafía. ■
JOAQUIN G. SANTANA.

EL CIUDADANO COMO PROPIEDAD DEL ESTADO

Las condiciones que las autoridades soviéticas ponen (tras las últimas negociaciones) para la emigración a Israel de sus ciudadanos judíos son dos: un cupo numérico (entre veinte y treinta mil salidas al mes) y un pago en metálico. Este pago es de 900 rublos (unas 54.000 pesetas) por derecho de visado y por abandono definitivo de la ciudadanía soviética, pero ahora se eleva en ciertos casos de técnicos. Un licenciado en Letras deberá pagar 27.000 pesetas; un médico, 550.000; un doctor en Ciencias, 580.000. Más unas primas variables, según los años invertidos en la preparación de las tesis, o las tesis mismas, de forma que, por término medio, un científico de cierta calidad no podrá abandonar el país y la ciudadanía soviética si no paga previamente 30.000 rublos: 1.800.000 pesetas.

Es un precio justo. Precisamente lo que ha costado hacer de un niño cualquiera un doctor en Ciencias. Como la educación en la URSS es enteramente gratuita, desde el principio hasta el fin de la vida del ciudadano, a éste se le ha enriquecido en aproximadamente esa cantidad de dinero: si abandona y hace inútil la inversión económica, deberá reintegrar el dinero. Es un precio barato, si se compara con lo que se paga en nuestro país por un futbolista, y resulta ridículo si se tiene en cuenta la diferencia de beneficios que da a una comunidad un científico y un futbolista.

El tema, además, es trascendente. Corresponde a las quejas de numerosos países por la llamada «fuga de cerebros», que se hace siempre en el sentido de menos desarrollados a más desarrollados, con grandes implicaciones. Preparar un médico en Kenia o en Haití es —relativamente al poder económico del país— mucho más caro y requiere más sacrificios para estos países que para la URSS; cuando este médico se va a un país donde se le paga mejor o donde tiene más probabilidades de investigar y trabajar (en Europa hay verdaderos contratistas americanos que se llevan sabios a su país), la pérdida sólo tiene una reparación: contratar otro médico en el extranjero. Pero los médicos que emigran a países subdesarrollados suelen ser los que, por falta de calidad o preparación, no triunfan en su país de origen; y el que le importa debe pagar un salario elevadísimo por él (los contratos a técnicos extranjeros se hacen con precios muy altos),

además de continuar con una colonización invisible (el idioma del médico, los productos de laboratorios extranjeros que éste receta, sus relaciones con su país de origen, etc.). Es decir, se trata de una pérdida grave. (Empleamos el ejemplo del médico de una manera simbólica: cualquier otro especialista, técnico o científico, está en igualdad de condiciones). En el caso soviético, especialmente, la cuestión se complica por la política. Enviar judíos a Israel es favorecer la política de expansión por «espacio vital» del pequeño Estado, fortalecerle; en un momento en que los aliados de la URSS son los árabes (aunque sus relaciones actuales se hayan enfriado notablemente). Con este punto de vista, las trabas soviéticas a la salida de judíos hacia Israel parecen considerablemente lógicas. No tienen nada que ver con los «progroms», las persecuciones a los judíos o la ternura de «El violinista en el tejado». Es una situación inversa a la conocida hasta ahora en Europa: se ha pasado de la expulsión a su retención.

Pero hay otro punto de vista muy considerable: el del ciudadano en sí. ¿Puede considerarse que un ciudadano es propiedad del Estado? ¿Puede considerarse a un hombre simplemente como el recipiente de una inversión hecha por la comunidad en que habita? Son éstas cuestiones que no deben nunca perderse de vista. Un Estado no debe tener jamás derecho de impedir la salida, por ningún motivo, de uno o muchos de sus ciudadanos. No debe olvidarse tampoco que cuando un ciudadano desea abandonar el país en el que vive, o dejar de considerarlo como suyo, es porque dentro de él no se han creado las condiciones necesarias para que su voluntad le retenga en él. En una Europa donde la mano de obra es objeto continuo de compraventa, donde los movimientos obreros de emigración ilegal están severamente reprimidos, donde grandes masas de hombres y mujeres se desplazan porque en su hábitat ancestral les es imposible la vida, o en un mundo donde se produce el caso de los asiáticos expulsados de Uganda, la cuestión de los judíos de la URSS es un tema más: la ampliación que se le está dando es enormemente útil para llamar la atención sobre esta anomalía del ciudadano como propiedad del Estado, como mercancía, como algo que se puede retener o rechazar en contra de su voluntad.